

# Nietzsche, autor de “Funes”

---

Néstor Braunstein

*d*e todas las “ficciones” e invenciones de J. L. Borges, no hay una sola que haya corrido con la fortuna universal de su “Funes el memorioso”. Más aún, ni siquiera el otro relato que ha llegado a ser paradigma de la teoría literaria: “Pierre Menard, autor del Quijote” y, por cierto, mucho más que “El aleph” o “Las ruinas circulares”. Sería imposible reseñar la montaña de artículos que lo toman como punto de referencia. Concretamente, en los últimos cincuenta años no hay quien estudie el tema de la memoria sin detenerse o tomar como punto de partida esa deslumbrante parábola. Para dar algunos ejemplos: historiadores como Yerushalmi (*Zajor*) o De Certeau (*La escritura de la historia*), filósofos como Ricoeur (*La historia, la memoria, el olvido*) o Paul de Man (*Escritos críticos*), críticos literarios como Steiner (*Después de Babel*) o Claudio Magris (*El anillo de Clarisse*), neurofisiólogos como Schacter (*Searching for Memory*), neurólogos como Luria (*The Mind of a Mnemonist*) u Oliver Sacks (*Una antropóloga en Marte*), pensadores del tema del olvido como Harald Weinrich (*Lete: Historia y crítica del olvido*) y una serie interminable de psicólogos, psiquiatras y, a veces, hasta psicoanalistas. “Funes” es, para usar un lugar común, una “referencia obligada”. Wildeanamente, la naturaleza imita al arte... y luego los pensadores se abalanzan sobre ambos. Borges les (nos) “dio pasto” para sus (nuestras) aventuras.

Creemos que, así como Borges alguna vez dijo que Nietzsche era el más reciente inventor de la doctrina de los ciclos (refiriéndose a la tesis del “eterno retorno”), podemos decir que Borges es el más reciente inventor de la figu-

ra mitológica de “Funes” y que él retoma, sabiéndolo o no –eso no tiene mayor importancia– una creación fantástica del filósofo del martillo. Podemos pensar que lo hace a sabiendas por cuanto en su texto nos dice, inventando un otro yo como le gustaba hacer, que “Pedro Leandro Ipuche ha escrito que Funes era un precursor de los superhombres, ‘un Zarathustra cimarrón y vernáculo’”, a lo que Borges agregaba que él no iba a discutir la apreciación de su artificial predecesor, sino que iba a agregar una precisión que hacía caer a Funes del alto cielo sobrehumano a la humilde condición del *uomo qualunque*: “no hay que olvidar que era también un compadrito de Fray Bentos, con ciertas incurables limitaciones”. Irónica acotación la de “no hay que olvidar” cuando se reseña la vida de un hombre que no podía olvidar. Zarathustra, heterónimo de Nietzsche, sí, pero perdido en la tierra y el anonimato común a los mortales.

¿Será pura casualidad que Nietzsche haya comenzado su carrera como filósofo en 1868, año de su designación como profesor en Basilea, misma fecha que Borges da como la del nacimiento de su gaucho memorioso? ¿Será casualidad que Nietzsche haya entrado, como gran admirador de Bismarck, en el ejército prusiano, del que fue licenciado después de un mal salto con el caballo (nada menos que Nietzsche, orgulloso de ser el mejor jinete entre los treinta reclutas de Naunburg –jamás volvería a montar–, precisamente a comienzos de marzo de ese año 1868, y que el accidente que provoca el despliegue prodigioso de la memoria de Funes sea una caída del caballo (“lo había volteado un redomón y había quedado tullido, sin esperanza”)? ¿Será una simple coincidencia que el cuento termine con la escueta frase “Irineo Funes murió en 1889, de una congestión pulmonar” que evoca, para cualquier memorioso de las fechas, que fue en 1889 cuando Nietzsche tuvo ese ataque de “congestión” que lo llevó a su encierro por el resto de la vida, al abandono de toda escritura, a la muerte espiritual del espíritu más innovador que en el mundo haya habido? ¿Es por azar que Borges ha colocado como año del nacimiento y de la muerte de Irineo Funes los veintiún años que van del comienzo al fin de la vida filosófica de Friedrich Nietzsche, iniciada a partir de un accidente hípico, terminada en medio de sollozos incontenibles con el abrazo a un caballo supuestamente maltratado, en Turín, el 7 de enero de 1889? Es sabido que Borges no daba puntada sin hilo.

Sostenemos que Borges, y presumiblemente por lo que hemos dicho, con toda premeditación se apodera de un fantasma nietzscheano y lo plasma de manera rutilante. En su *Segunda Consideración Intempestiva acerca de la utilidad y de los inconvenientes de la historia para la vida*, escrita en 1873, el turbulento filósofo invitaba a sus lectores a plegarse a una ficción: “Imaginad el caso más extremo posible de un hombre que no poseyese en absoluto el poder de olvidar y que estuviese, por lo tanto, condenado a ver por todas partes un estado incesante de devenir: ese hombre ya no creería en su propio ser, no podría ya creer en sí mismo, vería que todo fluye separadamente en puntos movedizos y se perdería a sí mismo en este torrente del devenir: como un verdadero alumno de Heráclito, acabaría por no atreverse a mover un dedo”. De inmediato extrae las consecuencias de su ficción: “Olvidar es esencial para cualquier clase de acción, al igual que no sólo la luz sino también la oscuridad es esencial para la vida de todo lo orgánico”. La consecuencia clínica del patético hipermnésico nietzscheano es el insomnio: “Un hombre deseoso de sentir incesantemente de un modo histórico sería como alguien forzosamente privado del sueño [...] De modo tal que es posible vivir casi sin memoria y, además, vivir felizmente, como lo demuestra el animal; pero es del todo imposible *vivir* sin olvidar. O, para expresar aún más sencillamente mi idea: *hay un grado de insomnio, de rumiación del sentido histórico, que es dañino y en última instancia fatal para la cosa viviente, sea esta cosa viviente un hombre, un pueblo o una cultura*” (traducción mía, itálicas de Nietzsche).

¿Y el Funes borgesiano? Él no tenía tanto sentido histórico en la anemia de los días de una aldea uruguaya, arrinconada en el extremo límite del mundo. Y, sin embargo, estaba igualmente abrumado por una historia hecha de fruslerías: “Era el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso. Babilonia, Londres y Nueva York han abrumado con feroz esplendor la imaginación de los hombres; nadie en sus torres populosas o en sus avenidas urgentes, ha sentido el calor y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche convergía sobre el infeliz Irineo, en su pobre arrabal sudamericano. Le era muy difícil dormir. Dormir es distraerse del mundo; Funes, de espaldas en el catre, en la sombra, se figuraba cada grieta y cada moldura de las casas precisas que lo rodeaban”. Borges

insiste en apropiarse de Nietzsche y en su sutil corrección: el sentido histórico no reside sólo en las odiseas de la civilización: Babilonia, Nueva York y sus populosas torres (gemelas) o sus urgentes avenidas y bellos (y bombardeables) jardines colgantes; vive también en la perezosa pampa de los seres ahistóricos y en sus existencias anodinas. La bendición del sueño tiene una condición que enuncian por igual el filósofo y el literato: la suspensión de la memoria. O el olvido o el insomnio.

“El infeliz Ireneo” consueña de modo exacto con las palabras de Nietzsche: “Es siempre la misma cosa la que hace feliz a la felicidad, la capacidad para olvidar o, dicho de un modo más erudito, la capacidad de sentir *ahistóricamente*. Aquel que no puede sumergirse en el umbral del momento presente y olvidar todo el pasado, [...] no podrá nunca saber qué es la felicidad –peor aún, nunca podrá hacer felices a otros”. La vorágine de los recuerdos necesita de un marco, de un límite, de un borde, y ese borde es el olvido, el borramiento de las inacabables diferencias entre las cosas, el tope de una huella que, al inscribirse, hace desaparecer a las anteriores. La memoria infinita sería la muerte del ser, reemplazado por ese su incesante recordar, ausente de presente, incapaz de fantasía y de esperanza.

Nietzsche propone que la historia es la “enfermedad” del hombre contemporáneo (hablaba del siglo XIX, pero su diagnóstico es cada vez más certero desde que él lo formuló hasta nuestros días; más aún, podría decirse que el mal actúa como una enfermedad incapacitante, progresiva y degenerativa de la que todos somos víctimas; la pasión historiográfica es la pandemia universal). La pesadilla del hombre contemporáneo es la memoria registrada y consignada de sus gestos más ínfimos, la imposibilidad de distinguir lo significativo de lo superfluo o azaroso en el océano de la información y de los archivos. Sabemos en todo momento que estamos siendo registrados, grabados. Nuestros actos están sometidos a una imprevisible observación y juicio. La paranoia se instaura como ley de la vida: “El Gran Hermano te vigila”. Borges mismo se siente arredrado por la mirífica memoria de Funes: “Pensé que cada una de mis palabras (que cada uno de mis gestos) perduraría en su implacable memoria; me entorpeció el temor de multiplicar ademanes inútiles”. Nos paraliza, como a Borges, la conciencia de ser el objeto que aparece en el objetivo de la cámara

que esgrime el otro. Funes vive su minuciosa pesadilla pero, para el *uomo qualunque*, para el sujeto de la civilización postindustrial que somos, Funes es *nuestra* pesadilla. No por nosotros, que todo lo olvidamos, sino por el otro, que conserva nuestras palabras, actos y gestos.

Para la enfermedad de la historia Nietzsche, el médico, ordena una medicina que no es, por cierto, la amnesia; propone que lo histórico y lo ahistórico son necesarios “en igual medida” para la “salud” (recalquemos su insistencia en el modelo médico) de un individuo, de un pueblo o de una cultura. Toma un modelo idealizado y extremo de la felicidad, el del animal, que puede, siendo “bastante ahistórico” vivir, por lo menos, “sin aburrimiento ni disimulo”, mientras que el hombre que no puede separarse de sus capacidades discriminativas y de sus “verdades” se enferma y se colapsa con el peso insostenible de su saber. Como la contraposición con la supuesta felicidad del animal no puede ser el ideal al que Nietzsche aspira o quisiera dirigir a los hombres, busca un ejemplo que supone intermedio: el de alguien que tenga “un horizonte tan estrecho como el de un habitante de los Alpes” (¿o del interior uruguayo?). Y así, por la vía de una presunta inocencia histórica, volvemos a Borges y recaemos en este “compadrito” contemporáneo de Nietzsche, hundido en Fray Benitos, pero capaz, como él, de una cultura filológica exquisita, de un aprendizaje del abstruso latín de Plinio, arrancado al casual encuentro con el narrador de la historia, el ficticio Borges que cita al no menos ficticio Irapuche que comparó a Funes con un Zarathustra, vale decir, con un Nietzsche “cimarrón y vernáculo”.

¿Inventó Nietzsche a “Funes”? No; tan sólo lo recordó, puesto que Funes, el de Borges, existe desde siempre y es inmortal: “monumental como el bronce, anterior a las profecías y a las pirámides”. ❧